

LA GUERRA DE CUBA EN LA GEOPOLÍTICA DE SU TIEMPO*

Julio Pérez Serrano

1. Geopolítica y geoestrategia

En el Centenario del 98, la atención de la historiografía se ha centrado, como era previsible, en los acontecimientos que acabaron con la pérdida de los últimos territorios ultramarinos de lo que fue el vasto Imperio colonial español¹. El poderoso impacto que ya entonces el llamado "Desastre" tuvo sobre la opinión pública española marcó, sin duda, el cambio de siglo y determinó en cierto modo la actitud recelosa de los ciudadanos hacia el gobierno y las instituciones en el primer tercio de la nueva centuria; una desconfianza que acabaría dando al traste con el propio régimen constitucional instaurado en 1876². La trascendencia histórica del 98 para nuestro país está, por tanto, fuera de todo cuestionamiento. Más allá de nuestras fronteras, sin embargo, la guerra hispano-norteamericana se percibe como el inicio de un nuevo ciclo histórico, el que viene marcado por el predominio mundial de los Estados Unidos; lo que Henry Luce denominó con gran lucidez "el primer gran siglo americano"³.

Por muy diversas razones que no sería difícil apuntar, en el recuerdo de los españoles el Desastre del 98 está especialmente marcado por la pérdida de la isla de Cuba. Junto a ésta, la cesión de Puerto Rico y, mucho más, la desvinculación del archipiélago filipino, han quedado en un muy modesto segundo plano tanto en la memoria histórica de los ciudadanos como en el ámbito de la investigación. Justamente por ello, y con objeto de enriquecer el panorama de la crisis colonial de 1898, parece conveniente situar aquí algunos elementos referidos a la guerra en su conjunto, que quizá pudieran completar y enriquecer la imagen de lo que estaba en juego en aquellos años decisivos.

Eso sí, con una advertencia previa. El punto de vista que a continuación se desarrolla no es el de la historia política o el de la historia militar, sino el de la geopolítica histórica, un enfoque que pone el acento en el factor geográfico, en los intereses territoriales que explican la política exterior de los Estados. Pasan aquí a un segundo plano tanto la acción singular de los personajes como el tiempo corto de los acontecimientos relevantes. Creo además que, a estas alturas del Centenario ya casi todo se ha dicho sobre estas últimas cuestiones.

Pero, para valorar en su justa medida la potencialidad explicativa del enfoque que se propone es conveniente comenzar aclarando dos términos que en ocasiones suelen confundirse: *geopolítica* y *geoestrategia*. Como ciencia, la *geopolítica* estudia las relaciones existentes entre la política que

* Ponencia invitada a las Jornadas *Cuba en el 98. Las últimas campañas*. Cádiz, 16 a 19 de noviembre de 1998, organizadas por el Aula Militar de Cultura de Cádiz y la Universidad de Cádiz.

¹ Aunque la relación sería inmensa, basten algunos títulos: CALVO POYATO, J. (1997), *El desastre del 98*. Barcelona; EL PAÍS (1997), *Memoria del 98*. Madrid, 24 fascículos; PÉREZ-CISNEROS, E. (1997), *En torno al "98" cubano*. Madrid; PLAZA, J. A. (1997), *Al infierno con España*. Madrid; RAMOS, D.; DIEGO, E. DE, dirs. (1997), *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*. Madrid; CASTILLO RAMÍREZ, Y. et al. (1998), *La crisis del 98*. Madrid; MARIMON I RIUTORT, A. (1998), *La crisis de 1898*. Barcelona; MORAL RUIZ, C. DEL (1998), *El 98*. Madrid.

² Vid., por ejemplo, ACOSTA MATOS, E. (1998), *1898-1998, cien respuestas para un siglo de dudas*. Barcelona.

³ LUCE, H. (1941), "The American Century". *Life*, february 17th.

realizan los Estados y sus características geográficas. En otras palabras, la geopolítica expresa la voluntad de guiar la acción de los gobiernos en función de los datos aportados por la geografía⁴. Apareció en el cambio de siglo, con Friedrich Ratzel⁵, pero fue el sueco Rudolf Kjellén quien acuñó el nombre y quien, sintetizando las preocupaciones del gran geógrafo alemán, la dotó de contenido: el estudio de las relaciones del pueblo con el suelo que lo nutre, de donde emana la noción de "espacio vital", como principio rector en la búsqueda de un nuevo orden internacional⁶. El general alemán Karl Haushofer hizo suyo el término y las nociones que implicaba al fundar, en 1924, la *Zeitschrift für Geopolitik (Revista de Geopolítica)*, que suministraría al nacionalsocialismo algunos elementos esenciales de su doctrina y de su propaganda.

Tras la derrota del nazismo, la geopolítica quedó relegada en Alemania, pero el interés por este campo continuó, tanto en Alemania como en otros países. Así, las investigaciones anglosajonas desarrollaron las teorías de H. Mackinder⁷ sobre los focos continentales y las coronas marítimas de poder y las adaptaron a la situación de guerra fría⁸. En Francia, donde el término estuvo siempre mal visto, desde finales de los años 50 se realizaron estudios que se encuadran claramente en el ámbito de la geopolítica, como los de Y. Lacoste, que analiza la dimensión geográfica del subdesarrollo, y J. Soppelsa, que demuestra las implicaciones espaciales de los nuevos armamentos nucleares. En nuestros días, la geopolítica ha vuelto a situarse en el centro de atención tras los cambios vividos en el mundo desde la caída del Muro de Berlín.

Por su parte, la noción de *geoestrategia* define la estrategia política o militar cuando ésta se desarrolla a escala mundial. Su presupuesto básico consiste en afirmar que, en una época definida por el reparto del escenario mundial entre distintos bloques de poder, todo conflicto ha de ser interpretado como una manifestación parcial de una pugna de proporciones planetarias, y nunca como un enfrentamiento meramente local. Es uno de los objetivos de este trabajo, como a continuación señalaremos, demostrar que los conflictos que tienen lugar en la última década del siglo XIX poseen, a diferencia de los anteriores –por ejemplo, la guerra franco-prusiana de 1870– un carácter geoestratégico, ya que por primera vez buscan el establecimiento de un nuevo orden mundial.

En síntesis, creemos que entre los historiadores la geopolítica debe ser revalorizada como un eficaz instrumento para el análisis de la proyección espacial de los Estados, desprovista ya de las connotaciones ideológicas que la vincularon a la fundamentación de las estrategias desarrolladas por los principales Estados imperialistas en la primera mitad de nuestro siglo. Y lo mismo cabe reclamar para la geoestrategia, cuyo campo de estudio –el modo concreto en que los Estados se disputan el poder a escala mundial– constituye una parte esencial del objeto de análisis de la geopolítica, que puede además contribuir a potenciar nuevos enfoques en la historia de las relaciones internacionales.

En esta línea, se proponen cuatro tesis, quizá novedosas y probablemente polémicas:

i) La guerra hispano-norteamericana responde en todo momento a la iniciativa, los intereses geopolíticos y la planificación estratégica de los Estados Unidos. España, por el contrario, no desea la guerra, no hace un uso estratégico de sus posesiones ultramarinas y carece de un proyecto viable para los territorios en disputa⁹. Se trata, por tanto, con toda claridad de una guerra de agresión.

⁴ MÉNDEZ, R.; MOLINERO, F. (1984), *Geografía y Estado: introducción a la geografía política*. Madrid.

⁵ Vid. sus obras *Geografía política* (1897) y *La tierra y la vida* (1901–1902).

⁶ MUIR, R. (1982), *Geopolítica moderna*. Madrid; SANGUIN, A. L. (1981), *Geografía política*. Vilasar de Mar.

⁷ MACKINDER, H. J. (1901), *Britain and the British seas*. New York; también (1969), *The scope and methods of geography; and The geographical pivot of History*. London, y (1981), *Democratic ideals and reality*. Wesport (Conn.).

⁸ COHEN, S. B. (1980), *Geografía y política en un mundo dividido*. Madrid.

⁹ Vid. ELORZA, A.; HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1998), *La guerra de Cuba (1895–1898): historia política de una derrota colonial*. Madrid; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R. (1998), *La guerra del 98: las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. Madrid.

ii) El conflicto tiene un carácter esencialmente geopolítico, ya que las últimas posesiones del Imperio español se sitúan en lo que los estrategas norteamericanos denominarán luego "Gran Área", es decir, el espacio necesario para asegurar la autosuficiencia del emergente Imperio. España, por su parte, tras la derrota, deberá hacer frente al reto de asentarse como nación en el territorio peninsular.

iii) Analizada en profundidad, y dejando a un lado los aspectos propios de la coyuntura, la estrategia desplegada por los Estados Unidos en 1898 presenta notables analogías con la desarrollada luego en las dos grandes guerras mundiales, lo que revela que su proyección exterior se ha visto orientada desde época muy temprana a la consecución de objetivos geoestratégicos¹⁰.

iv) Por último, prescindiendo también de las justificaciones ideológicas, es posible establecer un sorprendente paralelismo entre la estrategia norteamericana de la "Gran Área" y las desarrolladas por Alemania, para alcanzar su "espacio vital" (Lebensraum), y por Japón, para construir la denominada "Esfera mayor de co-prosperidad del Asia Oriental", en el periodo de entreguerras.

Lo más novedoso, y hasta chocante, puede ser quizá esta última analogía, pues supone romper la imagen forjada durante la Segunda Guerra Mundial y en los años de la inmediata postguerra, que satanizaba a los Estados totalitarios, como únicos responsables de la barbarie, y exaltaba los méritos de los Estados Unidos en la constitución y defensa del entonces llamado "Mundo Libre". Pero no posee menor interés –y, por supuesto, no deja de ser susceptible de discusión– el que encontremos en una guerra como la hispano-norteamericana de 1898 –que para muchos es una guerra "del siglo XIX", con el distanciamiento que ello denota– las claves de los modernos enfrentamientos entre las grandes potencias por el poder mundial que han caracterizado todo el siglo XX. No es una idea nueva, sin embargo. En palabras del embajador Allendesalazar, "la política exterior norteamericana de intervención e influencia en el resto del mundo empezó en el año 1898, y aún variando de formas fue el inicio de una etapa que todavía se prolonga hoy con distintos procedimientos"¹¹.

Pasemos ahora a fundamentar históricamente las tres primeras tesis enunciadas, porque siquiera esbozar la cuarta desbordaría con mucho los límites de esta exposición.

2. Una agresión largamente preparada

El *casus belli* de la guerra hispano-norteamericana de 1898 fue la disputa por la posesión de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, las últimas posesiones del ya maltrecho Imperio español. Tras la derrota, España quedará prácticamente reducida al espacio peninsular, una situación desconocida desde 1492 y a la que no le será fácil acomodarse¹². Los Estados Unidos, por el contrario, después del 98 habrán visto extendido su poder por las Antillas y el Pacífico, donde no sólo incorporan las islas Filipinas, sino también –en las mismas fechas, aunque por otros medios– el archipiélago de Hawai (antiguas Sandwich). Fue una guerra corta, con escenarios bélicos muy distantes, que se desarrolló entre abril y diciembre de 1898, y que tuvo una repercusión simétrica en los dos contendientes.

¹⁰ Véase la interesante revisión de ZIEL, R. (1997), *Birth of the American century: centennial history of the Spanish-American War*. Mattituck (N.Y.).

¹¹ ALLENDESALAZAR, J. M. (1997), *El 98 de los americanos*. Madrid, 2ª ed.

¹² Sobre la España del 98, Vid. ESLAVA GALÁN, J. (1997), *La España del 98: el fin de una era*. Madrid; FIGUERO, J. (1997), *La España del desastre*. Barcelona; FUSI, J. P.; NIÑO, A., eds. (1997) *Vísperas del 98: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid; LAÍN ENTRALGO, P.; SECO SERRANO, C., eds. (1998), *España en 1898: las claves del desastre*. Barcelona; PAN-MONTOJO, J., coord. (1998), *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid.

Pero el progresivo deterioro de las relaciones hispano–norteamericanas comenzó mucho antes. Cuando en febrero de 1895 se detectan los primeros brotes de la última insurrección cubana, tanto las instituciones oficiales –la Administración del demócrata Cleveland y luego la del republicano McKinley–, como la poderosa prensa de los Estados Unidos, apoyaron a los insurgentes de modo explícito, suministrándoles los recursos financieros y los pertrechos necesarios para sostener su lucha. El pueblo norteamericano se movilizó también, en sintonía con sus dirigentes y al calor de las encendidas proclamas que inundaban la prensa diaria.

Evidentemente, los objetivos de esta campaña no eran nada altruistas, ni tampoco nuevos¹³. De hecho, a lo largo de todo el siglo XIX las sucesivas Administraciones estadounidenses habían buscado la penetración en Cuba, aunque en determinadas fases de su política algunos gobiernos de la Unión mantuvieron posiciones de equilibrio e incluso coyunturalmente apoyaron la presencia española, para evitar la injerencia de otras potencias europeas. Sin embargo, más allá de estas oscilaciones tácticas, la política exterior de los Estados Unidos se proyectó desde muy pronto hacia la expansión territorial, proceso que debía correr paralelo a la desaparición de la presencia europea en el continente. Es lo que en su mensaje de 2 de diciembre de 1823 había formulado con claridad James Monroe y que suele sintetizarse con el lema "América para los americanos".

El análisis de la cuestión cubana desde el punto de vista geopolítico no puede prescindir, por tanto, de la existencia previa de una doctrina que vinculaba la paz y la seguridad de los Estados Unidos con la eliminación de toda influencia exterior en el ámbito continental. Así, ya en 1845 se fundó en Nueva York la asociación "Lone Star", cuyo objeto era la anexión de Cuba a los Estados Unidos haciendo uso de los más diversos medios, desde la propagación y el aliento de los disturbios en la isla hasta la financiación de expediciones armadas. Los mismos medios que simultáneamente estaban siendo aplicados para la anexión de Texas, incorporada con todos los territorios al norte del Río Grande a la Unión en 1848 por el tratado de Guadalupe–Hidalgo; en total, dos millones de km². Ese mismo año, el gobierno de Washington propuso por primera vez a España la compra de Cuba¹⁴, sin por ello abandonar la presión orientada a justificar una futura intervención "solidaria". De hecho, tras la negativa española, se multiplicaron los desembarcos de mercenarios y el apoyo a los independentistas se hizo explícito.

Así pues, cincuenta años antes de que estallara el conflicto definitivo los Estados Unidos habían colocado ya sobre la mesa las dos opciones que estaban dispuestos a ofrecer a España para que abandonara definitivamente el continente americano: la venta de la isla y el enfrentamiento armado, precedido siempre de un oportuno levantamiento colonial. Cuando en la Conferencia de Embajadores de los Estados Unidos, reunida en Ostende en octubre de 1854, se debatieron ambas posibilidades, la opinión se inclinó por la anexión, aunque para lograrla era preciso contar con la neutralidad de las potencias europeas en caso de conflicto con España, lo que por entonces todavía no era evidente, y disponer de un auténtico poder naval, algo de lo que los Estados Unidos carecían. El manifiesto de Ostende se limitó, por ello, a reclamar de España –eso sí, en tono de exigencia– la venta de Cuba¹⁵. Luego, las tensiones internas que acabaron desembocando en la Guerra de Secesión contribuyeron también a retrasar más de una década la ejecución de estos planes. Pero el diseño estaba culminado.

Con el triunfo de la revolución Gloriosa en 1868 los cubanos reformistas alentaron la esperanza de un cambio de actitud de España respecto a la isla. Los Estados Unidos se replegaron a la espera de acontecimientos. Y éstos llegaron, en efecto, en agosto de 1869, cuando el agente cubano Forbes presentó a Prim y Serrano una nueva oferta de compra de la isla. Para dar más presión al asunto, los Estados Unidos, a través de su representante en España, el general Dan E. Sickles

¹³ COMPANYS MONCLÚS, J. (1989), *De la explosión del Maine a la ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España (1898)*. Lleida, p. 1.

¹⁴ La propuesta fue realizada oficialmente por el Secretario de Estado, James Buchanam, y fijaba el valor de la isla en cien millones de dólares. La respuesta del marqués de Pidal fue contundente: "España prefería ver la isla sumergida en el Océano antes de acceder a su venta".

¹⁵ La declaración del ministro de Estado español en las Cortes fue tajante: "desprenderse de Cuba era desprenderse del honor patrio".

reclamaron oficialmente el reconocimiento de la independencia de Cuba a cambio de una mera indemnización. Al trascender esta noticia, la opinión pública española se radicalizó, considerando la venta de la isla como una cuestión que lesionaba gravemente el "honor patrio". La negociación no llegó a más. Pero ello era justamente lo que los Estados Unidos deseaban porque, no lo olvidemos, aunque habían reclamado la independencia, en Ostende habían apostado ya con claridad por la estrategia de la anexión.

La insurrección cubana que había comenzado con el "grito de Yara", el 10 de octubre de 1868, cobró desde entonces nuevos bríos. En las condiciones de la "Guerra Grande", el buen uso de la diplomacia permitió a Estados Unidos algo realmente inaudito, que revela hasta qué punto los gobernantes españoles carecían de toda visión estratégica del conflicto: ¡contratar con España la construcción de treinta cañoneros para la defensa marítima de la isla!¹⁶. Es decir, España dejaba en manos de Estados Unidos, su principal competidor en la zona, el suministro de los medios necesarios para preservar la soberanía de la isla. Evidentemente el encargo sufrió todo tipo de dilaciones, hasta el punto de que los buques fueron embargados por el gobierno norteamericano y sólo después de una larga negociación una parte de ellos llegó por fin a manos españolas en enero de 1870, cuando la insurrección cubana había adquirido ya unas notables proporciones.

Encontramos aquí de forma palmaria la confirmación de hasta qué punto la iniciativa en todo el proceso correspondió siempre a los Estados Unidos, que fueron capaces de simultanear su estrategia tendente a la anexión de la isla, con una táctica que hacía hincapié alternativamente en la defensa de la independencia y en la neutralidad. España, por su parte, fue en todo momento a remolque de los impulsos que directa o indirectamente los Estados Unidos introducían en el conflicto. Nunca deseó la guerra, ni estaba preparada militarmente para ella, como lo demuestra a las claras el caso que nos ocupa¹⁷. Además, dado que España nunca tuvo una visión estratégica de sus posesiones antillanas, sino meramente económica y de prestigio, los gobiernos españoles fueron incapaces de valorar en su justa medida los intereses que animaban la política de los Estados Unidos en la zona. De haberlo hecho hubiesen comprendido que la contradicción principal en el conflicto antillano no era la que enfrentaba a la isla con la península, sino la que oponía los intereses expansivos de Estados Unidos con los de la vieja metrópoli europea¹⁸.

Nuevos datos permiten avalar esta interpretación. El tema de la esclavitud en Cuba es bastante representativo. De hecho, los Estados Unidos lo habían convertido en uno de los ejes centrales de su discurso anticolonial. Por esa razón, cuando la Constitución española de 1869 y luego la ley de 4 de julio de 1870 abolieron la esclavitud en Cuba, la posición norteamericana, que era entonces –teóricamente– de neutralidad en el conflicto, debía haber evolucionado hacia un mayor entendimiento con España. Sin embargo, ello hubiese sido así si las motivaciones que llevaban a los Estados Unidos a involucrarse en el problema cubano hubiesen sido meramente políticas o ideológicas. Pero, lo cierto es que, como venimos defendiendo, se trataba de intereses geopolíticos, que habían inspirado una planificación estratégica cuyo fin último era la incorporación del Caribe al macroespacio de lo que algunos han llamado la "República Imperial"¹⁹.

Así, paradójicamente, la abolición de la esclavitud en las colonias condujo al abandono por parte de Estados Unidos de la ficción de neutralidad mantenida a fines de los sesenta. Es decir, cuando la posición española parecía más receptiva a las exigencias humanitarias de los Estados Unidos, éstos retomaron con el mayor vigor el discurso de la independencia²⁰. Oficialmente, el presidente Grant adoptó una actitud de moderación calculada, lamentando los desastres de la guerra para la

¹⁶ De ellos, sólo doce fueron finalmente entregados a España en enero de 1870, Cfr. CERVERA PERY, J. (1998), *La Guerra Naval del 98. A mal planteamiento, peores consecuencias*. Madrid, p. 81.

¹⁷ Cfr., *Ibidem*, pp. 15–44. También, NÚÑEZ FLORENCIO, R. (1997), *El ejército español en el desastre de 1898*. Madrid.

¹⁸ Distintos enfoques de la guerra en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R. (1997), *El desastre naval de 1898*. Madrid, y PÉREZ-LORCA, J., (1998), *1898: La estrategia del desastre*. Madrid.

¹⁹ Vid., por ejemplo, FONER, PH. S. (1975), *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, tomo I: 1895–1902. Madrid.

²⁰ En tal sentido se pronuncian W. E. Robinson en la Cámara de Representantes y John Sherman en el Senado.

población de la isla y demandando de España una más amplia autonomía, lo que significaba valorar como insuficientes las concesiones españolas sin poner en peligro los grandes intereses comerciales de Estados Unidos en la Cuba colonial. En el fondo ambas posiciones convergían como una pinza en una única dirección: mantener vivo el conflicto y reforzar la imagen de Estados Unidos como protector del pueblo cubano.

De hecho, durante toda la guerra los Estados Unidos continuaron actuando como base de operaciones para los insurrectos. Y la prensa se encargó, asimismo, de hacer avanzar en la ciudadanía una opinión mayoritariamente favorable a la intervención en Cuba para poner fin, por razones humanitarias, a la guerra. España, por su parte, obstinadamente ajena a estos movimientos y conmocionada por los conflictos interiores del Sexenio, continuó empeñada en ganar a los Estados Unidos para su causa. En la cima del despropósito, Pi y Margall llegó a pensar en solicitar un cuantioso empréstito a los Estados Unidos, con la garantía de las rentas cubanas, a fin de comprometerlos en la defensa de la soberanía española sobre la isla. Realmente, al suponer que, para asegurar el cobro del préstamo, los Estados Unidos abandonarían su presión sobre la isla, los gobernantes españoles demostraron de nuevo que desconocían por completo la naturaleza del conflicto y que eran incapaces de valorar en términos geopolíticos las aspiraciones de Washington.

Pero el gobierno norteamericano aprovechó el apresamiento en aguas cubanas del *Virginius*, que transportaba pertrechos y armas para los insurrectos, en octubre de 1873, para enrarecer las relaciones con España y desvincularse de cualquier compromiso en relación con el tema de Cuba. La enérgica protesta diplomática del embajador Sickles y, de nuevo, la presión de la opinión pública norteamericana en favor de una intervención en la isla, restaron toda eficacia a las medidas conciliadoras adoptadas por el gobierno de Madrid, que, no obstante, procedió a la devolución del buque apresado a los Estados Unidos y compensó con una fuerte indemnización a los familiares de las víctimas.

Ciertamente no se podía pedir más, pero los Estados Unidos lo hicieron. Aprovechando la inestabilidad política de la península, en 1874 volvieron a solicitar el cese de las hostilidades –unas hostilidades que ellos mismos alentaban– y sondearon la opinión de las potencias europeas respecto a una eventual intervención norteamericana en el conflicto. Poner fin al prolongado sufrimiento del pueblo cubano y terminar con una guerra que España parecía incapaz de resolver eran los objetivos formales de la operación; nada se decía, sin embargo, del futuro de Cuba, aunque es evidente que la independencia no era contemplada como la alternativa más deseable.

Un cúmulo de circunstancias contribuyó, sin embargo, a retrasar estos planes. El cansancio de ambos bandos, la pugna entre los propios insurrectos y la eficacia operativa de Martínez Campos acabaron posibilitando la firma de la paz a orillas del río Zanjón en 1878. España, sin proyecto para la isla pero ansiosa por poner fin a la guerra, se comprometió a mucho más de lo que estaba dispuesta a dar. Los independentistas abandonaron las armas, pero intensificaron su actividad tanto en España como en Estados Unidos a fin de crear el clima necesario para la reanudación de las hostilidades. Los incumplimientos españoles no tardaron en suministrarles argumentos.

Ante las nuevas circunstancias, los Estados Unidos abandonaron el discurso prebélico e intensificaron sus vínculos comerciales con la isla, convirtiéndose en su primer proveedor y su principal mercado. De hecho, es indudable que aprovecharon mejor que nadie este periodo de relativa paz y estabilidad. Pero, como venimos demostrando, esto no debe ser interpretado como el fruto de la intuición o la fortuna, sino como el resultado de una planificación estratégica orientada a la integración del Caribe en el "macroespacio americano". En su mensaje al Congreso, el 3 de diciembre de 1879, el presidente Harrison constataba ya los primeros éxitos de esta política comercial y auguraba que la dependencia económica haría más viable el objetivo de la anexión²¹. Puesto que no es ahora nuestro objetivo, es preferible no reproducir aquí el modo tan distinto en que las cosas eran vistas en los centros de poder de la península.

²¹ Cfr. CERVERA PERY, J. (1998), *La Guerra Naval del 98? op. cit.* pp. 84–85.

Durante la presidencia del demócrata Cleveland las cosas evolucionaron del modo previsto, es decir, por el camino de la dependencia económica, aunque la Junta Cubana radicada en Nueva York continuó trabajando para reactivar la guerra, objetivo al que coadyuvó en parte la presión provocada por los elevados aranceles norteamericanos, que acabaron por arruinar a muchos plantadores y hundieron los salarios en la isla. Así, cuando por fin en 1895 estalla una segunda rebelión en Cuba las opiniones favorables a la intervención norteamericana fueron mucho más explícitas. Además, desde el punto de vista de la legitimación, la doctrina del "destino manifiesto" resultaba más eficiente que el tradicional "monroísmo". Como más adelante veremos, la madurez de la geopolítica norteamericana era tal que reproducía ya en sus parámetros fundamentales los vectores que han determinado la planificación estratégica de los Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX. Basten ahora las palabras, ciertamente proféticas si no tuviéramos en cuenta lo dicho, del senador por Massachusetts Henry Cabot Lodge, argumentando que "del Río Grande al Océano Ártico, sólo debía ondear una bandera y existir una sola nación", a la vez que demandaba la construcción de un canal entre los océanos Pacífico y Atlántico, para cuya protección y la del comercio americano sería preciso dominar las islas Hawai y poseer por lo menos una base en las Antillas²².

Pero, volviendo a las motivaciones de la guerra, ya en 1895 los cubanos insurgentes tenían como único y claro objetivo la independencia, aunque carecían de los medios necesarios para hacerla efectiva. Los españoles, sin embargo, aunque estaban dispuestos a hacer concesiones, no renunciaban a mantener la soberanía en la Gran Antilla, por lo que no era posible el entendimiento. Los Estados Unidos, por su parte, aunque aspiraban a la anexión de la isla, apoyaban formalmente la independencia, ya que este mensaje aportaba una buena palanca para aislar a España y poder hacerse más fácilmente con el territorio. Además, a estas alturas los Estados Unidos poseían ya un poder naval apreciable, lo que disipaba los temores expresados en la conferencia de Ostende respecto a las expectativas de un conflicto armado²³.

El retorno de los republicanos a la Casa Blanca completó el cuadro de factores que explican la intervención. El presidente McKinley apostó abiertamente por el enfrentamiento con España, que pese a todo se empeñaba en no reconocer la naturaleza ni la magnitud del conflicto. Es muy revelador el hecho de que el gobierno norteamericano, en línea con sus objetivos estratégicos, fuera endureciendo su postura en la medida en que avanzaban en España los planes de reforma para reconocer la autonomía cubana, ya que la solución autonómica cerraba la puerta a la anexión de la isla. No obstante, el gobierno de Cánovas sometió en todo momento a la consideración de los Estados Unidos estos proyectos, no se sabe si como ardid diplomático o como resultado de la más completa desorientación.

En todo caso, como sucediera con la captura del *Virginius*, fue ahora la política de dureza aplicada por Weyler para controlar la rebelión la que proporcionó a Washington los argumentos para desvincularse de cualquier compromiso con España²⁴. Volvía a repetirse el esquema de 1873. De nuevo la defensa de los derechos de la población cubana servía de coartada para allanar el camino de la intervención. Y también, como entonces, el gobierno español respondió suministrando todo tipo de explicaciones y razonamientos, como si no entendiese que la protesta estadounidense, realizada "en nombre del pueblo americano y en nombre de la humanidad", no era sino un recurso táctico para disfrazar el carácter agresivo de la intervención que se planeaba realizar. Cánovas, con certeza, no lo comprendía ni podía creerlo; y Sagasta, que lo sucedió tras su muerte, tampoco, esperanzado en una solución "interna" y amistosa al conflicto.

Sin embargo, la protesta norteamericana de 1897 incorporaba un nuevo argumento, entonces inédito, pero que luego habría de tener una larga tradición en el discurso legitimador de Washington: la defensa de los ciudadanos norteamericanos residentes en Cuba, víctimas también –según se dijo– de la política de reconcentración de Weyler. Este elemento, implícito ya en la

²² Sobre la guerra, LODGE, H. C. (1899), *The war with Spain*. London.

²³ Vid. MAHAN, A. T. (1899), *Lessons of the war with Spain and other articles*. London.

²⁴ En una nota del gobierno norteamericano remitida el 26 de junio de 1897 a través del ministro plenipotenciario español en Washington, Dupuy de Lome.

reclamación efectuada tras la captura del *Virginius*, aparecía ahora con una mayor rotundidad, buscando quizá más provocar una reacción belicista en la opinión pública norteamericana que añadir razones de cara a la comunidad internacional. No olvidemos que, al tratarse de una democracia, los gobiernos estadounidenses deben responder de sus actos ante una ciudadanía que puede exigir responsabilidades. Es, por ello, de capital importancia contar con un respaldo casi unánime en la opinión pública antes de dar cualquier paso que pudiera resultar trascendente; en esta ocasión se encargaban del frente interno Hearst y Pulitzer, editores de los dos grandes periódicos neoyorkinos, el *New York Journal* y el *New York World*, respectivamente, cuyo papel ha sido por esto a menudo sobrevalorado, e incluso erróneamente contrapuesto al de los sectores financieros o el propio gobierno²⁵.

La estrategia era una y a ella coadyuvaban, desde posiciones en apariencia diversas todos los actores. Uno de éstos, el antiguo general sudista Fitzhugh Lee, cónsul de los Estados Unidos en La Habana, fue el encargado de prender la chispa para la intervención. En efecto, fue el principal artífice de la visita "amistosa" del *Maine* a La Habana y quien aportó los informes necesarios al Congreso para legitimar definitivamente la agresión²⁶. Por esto, se le ha visto en ocasiones como un exaltado promotor del imperialismo norteamericano, mérito que sin duda excede su competencia. La cuestión de Cuba era un asunto de Estado y, como tal, ajeno a la conspiración de unos o el sensacionalismo de otros. Las palabras de McKinley al Congreso antes de la crisis del *Maine* dejaban ya bien claros los objetivos estadounidenses en esta fase del conflicto: "Cuando la impotencia de España para reducir a Cuba e imponer su autoridad y soberanía sean *manifiestas*, los Estados Unidos deberán cumplir con su deber"²⁷. Es, como ha señalado Palacio Atard, la expresión genuina de la doctrina del "destino manifiesto", que por entonces ya había calado en el pujante nacionalismo norteamericano, dando forma a lo que conocemos como "jingoísmo". La raza anglosajona tenía el deber de dominar y educar a las razas más débiles, incapaces de organizar por sí mismas la convivencia. Con casi medio siglo de anticipación, encontramos ya aquí el nudo gordiano del discurso ideológico alemán, con el que pronto habrán de confrontar los Estados Unidos.

Theodore Roosevelt, uno de los principales representantes de este pensamiento, apuntaba ya en febrero de 1898 más allá de España, propugnando una política exterior orientada a hacer desaparecer del continente americano toda influencia europea, empezando por España y terminando por la propia Inglaterra. Es lo que se conoce como el "Corolario Roosevelt" a la doctrina Monroe, y supone la mayoría de edad como potencia de los Estados Unidos, que ya no reconocen el derecho de tutela a la antigua metrópoli. En certeras palabras del almirante Álvarez Arenas²⁸, la intervención norteamericana en Cuba debe entenderse, simple y llanamente, como la primera agresión de Estados Unidos a Europa. Una agresión que las propias potencias europeas fueron incapaces de valorar.

Puede entenderse entonces cómo las continuas concesiones españolas, la abolición de la esclavitud, las reformas autonomistas y los esfuerzos por compensar los supuestos agravios sufridos por los Estados Unidos en la cuestión cubana no tuvieron el menor efecto, sino todo lo contrario, fueron abriendo la puerta a la intervención, al confirmar la eficiencia de las estrategias desplegadas.

¿Qué había cambiado desde 1848? Tres habían sido las objeciones que en Ostende se plantearon para una inmediata guerra con España. La primera, que no estaba garantizada la superioridad naval; la segunda, que no parecía asegurada la neutralidad de las potencias europeas; y la tercera, que se consideraba preferible la existencia de un conflicto armado en el seno de la propia isla que justificara una intervención "solidaria". En estos cincuenta años la

²⁵ WISAN, J. E., (1977), *The Cuban Crisis as reflected in the New York press (1895–1898)*. New York, p. 458.

²⁶ Vid. LEE, F. (1899), *Cuba's struggle against Spain: with the causes for American intervention and a full account of the Spanish–American War, including final peace negotiations*. New York.

²⁷ CERVERA PERY, J. (1998), *La Guerra Naval del 98? op. cit.*, p. 90.

²⁸ En las VI Jornadas de Historia Marítima del Instituto de Historia y Cultura Naval, celebradas en noviembre de 1990.

estrategia norteamericana había ido orientada sin el menor titubeo a establecer estas tres condiciones. La doctrina del "destino manifiesto" demandaba, efectivamente, unos medios y unas condiciones para hacerse efectiva.

Así, en cuanto a la superioridad naval, ésta se alcanzó a partir de que la gran aportación de Alfred T. Mahan, por sólo citar al más caracterizado de los estrategas militares norteamericanos. Su doctrina, el *navalismo*, resultó esencial no sólo para llevar a cabo la proyectada anexión de la isla, sino para fundamentar las aspiraciones norteamericanas a escala mundial. Junto a esto, la neutralidad de las potencias europeas en el problema cubano era más que evidente a finales de siglo, no sólo por el perceptible aislamiento internacional de España, convertida ya en potencia de segundo orden, sino porque las disputas interimperialistas en los escenarios de África y Asia absorbían todas las energías de Francia y Gran Bretaña. Sólo Alemania, potencia emergente como los Estados Unidos, ofreció a España su eventual y nunca suficientemente explícita alianza, con la que esperaba obtener beneficios en el ámbito oceánico y en Filipinas. Pero España, temerosa de los efectos que para ella pudieran derivarse de una internacionalización del conflicto, prefirió declinar el ofrecimiento; quedó así sola ante los Estados Unidos, un escenario con el que éstos habían soñado –y por el que habían trabajado– desde 1848. Respecto a la última condición, tres años de guerra hispano–cubana, hábilmente explotados por la prensa y las instancias de poder de los Estados Unidos, proporcionaban el contexto idóneo para desgastar a España y a la vez justificar la intervención. McKinley pudo, incluso, permitirse el lujo de aparecer como un moderado en comparación con Th. Roosevelt, Henry Cabot Lodge, Mahan o Hearst. Pero la decisión había sido tomada ya con cincuenta años de antelación y era asumida por todos. Sólo quedaba un pequeño detalle, aunque extraordinariamente importante para la estrategia imperial norteamericana a lo largo de todo el último siglo: atribuir la responsabilidad de la guerra al enemigo. En efecto, con el hundimiento del Maine en el puerto de La Habana el gobierno norteamericano logró hacer pasar por defensiva lo que no era más que una guerra de agresión. Se había cerrado el círculo.

En síntesis, la insurrección cubana permitió la directa y decisiva participación estadounidense en la fase final del conflicto, propiciando la definitiva salida de España del escenario antillano. Se había alcanzado así un objetivo geopolítico formulado con mucha antelación, ya que la expulsión de los españoles, máxime si venía forzada por la intervención directa de los Estados Unidos, suponía la incorporación automática de Cuba al "espacio vital" del Imperio emergente. Daba igual la fórmula jurídica, y aunque la independencia no era la más deseable, la imposición de la Enmienda Platt en 1901 dejó a salvo los intereses norteamericanos en Cuba; además, la dependencia económica estaba asegurada desde los tiempos de Grant, Harrison y Cleveland. La nueva República de Cuba formaba ya parte del Imperio.

3. La Gran Área: una estrategia de poder para la mundialización

Desde la independencia, y durante todo el siglo XIX, los Estados Unidos impulsaron una rápida y continuada extensión de sus fronteras estatales. Su continua progresión, en la que apenas hay retroceso o estancamiento prolongado, oculta en ocasiones las diversas estrategias empleadas para alcanzar tales fines, e incluso nos lleva a contemplar el liderazgo norteamericano como algo "natural" e inevitable, que unos vinculan a su gran potencial demográfico, económico o militar, y otros con su modernidad política, su fuerte nacionalismo o su singularidad como pueblo. Sin embargo, no debemos olvidar que todas estas bazas han sido conquistadas o forjadas por los Estados Unidos a lo largo de los dos últimos siglos y que son justamente el resultado, y no la causa, de su progreso.

Dedicaremos, pues, esta segunda parte de la exposición a demostrar que el ascenso de los Estados Unidos a la categoría de potencia mundial, cuyo primer paso en firme lo constituye la rápida y contundente victoria en la guerra por la posesión de las últimas colonias españolas en 1898, fue el resultado de la aplicación sistemática –por primera vez en la historia– de criterios de

naturaleza geopolítica al diseño de las estrategias imperiales. Es cierto que, desde Roma y aun antes, los Estados midieron su poder por el dominio de amplios territorios, pero ello nada tiene que ver con los postulados de la moderna geopolítica, como política científica orientada a la conquista y preservación de un "espacio vital"²⁹.

Dicho esto, cabe señalar dos grandes etapas en la proyección estratégica de los Estados Unidos:

a) **La formación del bloque continental.**

La etapa primera se inicia tras la segunda guerra de independencia, que fijó los límites con el Canadá³⁰, y tiene por objeto la ampliación de la frontera hacia el sur y hacia el oeste. Los medios fueron la colonización interior de las regiones no estatalizadas y la compra de territorios a las potencias europeas en el caso, por ejemplo, de la Louisiana, comprada a Napoleón en 1803, o la Florida adquirida a España en 1819. Más tarde serían Fort Ross, en California, y la emblemática Alaska, ambas compradas a Rusia en 1839 y 1867, respectivamente. Ya hemos visto cómo en el caso de Cuba la opción de compra estuvo también durante mucho tiempo sobre la mesa.

Junto a esta vía que podemos denominar pacífica, los Estados Unidos alternaron el empleo de la fuerza, siempre tras un cálculo preciso de las posibilidades, y asegurándose de contar con los apoyos necesarios en la población que se pretendía anexionar. Este fue el caso de Texas, sobre la cual los Estados Unidos desplegaron una política extraordinariamente afín a la cubana en los mismos años, es decir, el apoyo a la independencia como coartada para la intervención. Luego, asegurada la dependencia económica y dada la fragilidad geopolítica de los nuevos Estados, esta constelación de "estrellas solitarias" quedaría a merced de los designios imperiales de Estados Unidos. En el caso de Texas, California y Nuevo México la operación se culminó con éxito en 1848. Cuba y Puerto Rico, por el cúmulo de razones que han sido señaladas, demoraron todavía medio siglo su incorporación a la Gran Área, pero el proceso se desarrolló con asombrosas afinidades. Contra México se argumentó el recuerdo de las víctimas del Álamo, contra España fueron los marineros del *Maine*. La victoria en ambos casos fue sin paliativos, dado que el estallido de las hostilidades había sido cuidadosamente determinado en función del balance de fuerzas con el enemigo; tanto México como España eran, en el momento de "agredir a Estados Unidos", países con un potencial demográfico, militar y económico muy inferior, afectados por graves problemas internos, regidos por gobiernos de cuestionable representatividad y aislados internacionalmente. Tenían en común, sin embargo, que ambos poseían o aspiraban a poseer territorios situados en lo que los teóricos del imperialismo norteamericano, desde Monroe hasta Th. Roosevelt, consideraban de vital importancia para la proyección estratégica de los Estados Unidos. Y ello los convertía en potenciales "agresores".

Desde 1848 la "doctrina Monroe", inicialmente defensiva frente al colonialismo europeo, va formulándose en términos de creciente agresividad, aunque todavía restringiendo su ámbito de aplicación al continente americano. Este vector, que hace recaer sobre los Estados Unidos la responsabilidad histórica de liderar el continente, conducirá a la doctrina del "destino manifiesto". En esta nueva fase, los argumentos defensivos respecto a las potencias europeas se enlazan con otros que justifican la intervención en otros países americanos, con el pretexto de defender los principios de la civilización, la democracia y el progreso, y también para preservar los intereses económicos y la seguridad de los Estados Unidos.

No obstante, esta evolución ideológica no contiene ningún elemento que pueda considerarse novedoso, excepto quizá que la constatamos por primera vez en una potencia no europea. En lo

²⁹ Puede resultar desconcertante escuchar este término aplicado a los Estados Unidos, porque a menudo se asocia con la última aventura totalitaria del imperialismo alemán. Sin embargo, el término procede de la geopolítica y es, por tanto, inevitable su uso para definir las realidades que pretendemos describir.

³⁰ La frontera se fijó definitivamente en el tratado de Oregón, en 1846, quedando establecida en el paralelo 49°.

esencial, no es más que la justificación más extendida del imperialismo, tal y como los teóricos franceses y británicos la formularon y aplicaron por los mismos años. Como las demás potencias imperialistas, los Estados Unidos se proyectaban todavía a escala regional: unos en Asia y África, otros en el continente americano. Además, los problemas internos y los desacuerdos estratégicos que enfrentaban a los Estados industriales del norte con los esclavistas del sur, agudizados en los años cincuenta, impidieron avanzar más en el desarrollo de las propuestas expansionistas, por lo que hasta 1865, al menos, los fundamentos teóricos del imperialismo norteamericano permanecieron inalterados.

Sin embargo, el Estado que surge de la Guerra Civil y que se asienta durante la llamada Reconstrucción no se encuentra ya lastrado por el conflicto interno de intereses y está en óptimas condiciones para poner en valor el vasto patrimonio territorial, humano y de recursos acumulado en la primera centuria de su existencia. La difusión, en tales condiciones, de las nuevas fuentes de energía (la electricidad y el petróleo) y los modernos sistemas de trabajo característicos de la segunda revolución industrial estimuló el crecimiento meteórico del capitalismo norteamericano, dando vida a todos los sectores económicos, desde la agricultura a las finanzas, incluido por supuesto –y en un lugar preferente– el de la industria militar y el armamento. Paradójicamente, gracias a la devastación provocada por la guerra y en el contexto de la Reconstrucción los Estados Unidos pudieron incorporar todos estos avances con más facilidad que las potencias europeas, cuyo potencial económico se basaba todavía en la aplicación de los adelantos de la primera revolución industrial. Así, aunque las nuevas energías y las nuevas industrias penetran también en Francia y Gran Bretaña, lo hicieron de forma menos general e intensiva, ya que debieron entrar en competencia con las estructuras todavía viables y en uso del primer impulso industrializador³¹.

He aquí, a nuestro juicio, la clave que explica el salto cualitativo que los Estados Unidos logran dar en el último cuarto del siglo XIX, en la línea de convertirse en potencia mundial. Además, en las nuevas condiciones, la geopolítica ayudó a los estrategas estadounidenses a valorar los importantes recursos que el extenso territorio de la Unión podía proveer, lo que resultó básico para llevar a cabo la estimación de la periferia que un núcleo de estas dimensiones precisaba controlar. En esta nueva lógica, por el contrario, la magnitud de Francia o de las Islas Británicas, y la dispersión de sus Imperios, constituían serios obstáculos para la transformación de estos Estados en modernas potencias mundiales.

b) *La estrategia de la Gran Área.*

La guerra hispano–norteamericana constituye, por tanto, el inicio de una nueva etapa, un hito fundamental en el desarrollo de la política estratégica de los Estados Unidos, que traspasan ya con claridad los límites, hasta entonces intocables, del continente. Es cierto que ya antes de 1898, en 1867, recién terminada la Guerra Civil, los Estados Unidos habían adquirido algunas pequeñas islas en el Pacífico (Midway, Palmira, Johnston, Wake) y en el mar de Behring (Aleutianas), pero ni sus dimensiones ni su potencialidad económica eran en nada comparables a las de los territorios que entraron en juego en la guerra con España. Además, el control de aquellos enclaves no había precisado el empleo de la fuerza, dado su escaso interés para las potencias europeas. En el Atlántico, el interés por las Azores, en lo que se ha denominado el "98 portugués", no pudo al fin verse satisfecho porque las rivalidades internacionales favorecen a la diplomacia portuguesa, que logra finalmente en el Tratado de Windsor (1899) la garantía británica respecto a la integridad de las posesiones ultramarinas de Portugal. Fue un primer pulso con la antigua metrópoli que, por suerte para el país vecino, acabó en tablas.

En el caso de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la incorporación al área de influencia norteamericana se realizó, sin embargo, por medio de una guerra y, para que no quedaran dudas respecto a las

³¹ Nada cabe decir de España, que a duras penas incorporó los avances de la primera revolución industrial, Vid. NADAL OLLER, J. (1975): *El fracaso de la Revolución Industrial en España*. Barcelona.

intenciones de los Estados Unidos, retuvieron este último archipiélago como cabeza de puente para una ulterior penetración en Asia oriental. Recordemos que en 1898 McKinley consumó también la anexión de las islas Hawai, a 3.500 km. de la costa californiana, y obtuvo de España en el tratado de París la cesión de la isla de Guam, en las Marianas, a 2.200 km. de Manila, con lo cual quedaba establecido un auténtico puente que unía en varias escalas San Francisco con Hong-Kong.

Mientras tanto, en el continente americano, la victoria sobre España tuvo el efecto previsible de reforzar la hegemonía de los Estados Unidos. Una hábil combinación de la "diplomacia del dólar" con la política del *big-stik* (garrotazo), permitió consolidar la esfera americana de la Gran Área durante la primera década del nuevo siglo. Las intervenciones militares se sucedieron³², y junto a ellas, el interés ya expresado en el tratado Clayton-Bulwer (1850), por abrir un canal internacional en el istmo centroamericano se vio al fin satisfecho en 1901. Así, tras la quiebra de la compañía constructora fundada por Lesseps en 1879, los Estados Unidos asumen la empresa, a la que asignan una clara dimensión estratégica. Tal es el interés norteamericano por controlar el Canal que incluso promueven la escisión de Panamá respecto a Colombia, a fin de poder imponer más fácilmente sus condiciones al nuevo Estado. De hecho, por el tratado Hay-Bunau Varilla, los Estados Unidos logran el derecho a la libre disposición de la franja de tierra panameña situada a ambos lados del Canal. Y es que, en efecto, en la geoestrategia estadounidense, el control del Canal de Panamá resultaba clave para asegurar la hegemonía naval en el Atlántico y en el Pacífico.

La apertura del Canal de Panamá en 1914 puede considerarse simbólica de lo que hemos dado en llamar estrategia de la Gran Área, es decir, la construcción de un macroespacio que integre los territorios del hemisferio occidental, el Imperio británico y el Lejano Oriente. Ya hemos visto cómo después de 1898 Gran Bretaña y Estados Unidos acuerdan respetar las posesiones coloniales de Portugal. Es el primer paso para formalizar una alianza estratégica que, en adelante, permitirá integrar el potencial conjunto del Imperio británico y de los Estados Unidos. Dos guerras mundiales han puesto a prueba la robustez de la alianza, que se ha mostrado hasta el momento sin fisuras. En cuanto al hemisferio occidental, es decir, el continente americano, también hemos visto cómo después de 1898 quedó a merced de los Estados Unidos, que impusieron casi sin oposición su ley. Por último, el acceso al Lejano Oriente quedó expedito también tras las anexiones efectuadas en 1898, que abrieron el camino a la penetración norteamericana en el vasto mercado chino. Esta penetración fue tan rápida que ya en 1900 tropas estadounidenses participaron, en pie de igualdad con las potencias europeas, en el aplastamiento de la rebelión de los *boxers*, obteniendo de China el compromiso de pagar una fuerte indemnización y admitir la permanencia de tropas extranjeras en su territorio. Los Estados Unidos se habían incorporado así, con Japón y Alemania, al concierto de las grandes potencias. Era su primera intervención imperialista en el Lejano Oriente: la estrategia comenzaba a dar sus frutos.

Desde entonces, y durante todo el siglo XX, la estrategia desplegada por los Estados Unidos para disputar la hegemonía mundial presenta llamativas analogías con lo que hasta aquí se ha descrito. Ciertamente, la vieja doctrina del "destino manifiesto" ya anunciaba que la proyección exterior de los Estados Unidos estaba orientada a conseguir el objetivo de la supremacía continental. La geoestrategia del periodo de las grandes guerras ha de ser interpretada, pues, como la prolongación lógica de esta estrategia en las condiciones de la mundialización. En tales circunstancias, el dominio sobre un continente poco poblado y con una explotación casi exclusivamente primaria resultaba a todas luces insuficiente para asegurar el éxito en la competencia mundial. Era necesario ampliar el espacio sobre el que asentar la autosuficiencia del pueblo americano: este es el sentido que tiene el nuevo diseño estratégico que en los años cuarenta recibió el nombre de Gran Área, pero que venía siendo operativo desde 1898.

Veamos cuáles son estos vectores y cómo se manifiestan en 1898.

³² En 1899, en Nicaragua; en 1900, en Costa Rica; entre 1904 y 1914, nuevas intervenciones en la República Dominicana, Cuba, Nicaragua, Honduras, Haití, etc. La base de Guantánamo (Cuba) se construye en 1903 y en 1906 la United Fruit Co. obtiene concesiones territoriales en Guatemala.

i) *Un "imperialismo solidario".*

Los Estados Unidos basaron su discurso imperial en la defensa de los principios básicos de la Revolución Americana y del liberalismo. Frente a lo que había sido el discurso colonialista español o portugués, de raíz tardomedieval y, por tanto, difícilmente adaptable a las nuevas circunstancias de la política contemporánea, los Estados Unidos forjaron un discurso que podía llegar a ser atractivo para los pueblos que padecían el imperialismo colonial. Este nuevo lenguaje, que alternaba la defensa de los derechos de los pueblos con el señuelo de la incorporación a la República Imperial, estaba sin embargo animado por una concepción muy realista de las condiciones que debían concurrir en una gran potencia contemporánea. Frente a la variante anacrónica de una explotación basada en el control militar del territorio, el nuevo imperialismo republicano aportó la fórmula de una explotación global basada en criterios de mercado, reduciendo al mínimo imprescindible el empleo de la fuerza para imponer sus condiciones. Esto le concilió en todo momento las simpatías de los pueblos sometidos al dominio de los viejos Imperios coloniales, España y Portugal, pero también fue luego, cuando Franklin D. Roosevelt lo reeditó en 1941 bajo la forma de la defensa de las "Cuatro Libertades", un acicate en la lucha contra los imperialismos totalitarios de Alemania y Japón, que en cierto modo reproducían las formas anquilosadas de los antiguos Imperios.

ii) *Una propaganda ideológica moderna.*

Aunque el empleo sistemático de la propaganda ideológica al servicio de objetivos políticos suele asociarse al nacionalsocialismo alemán, los primeros pasos en este camino son claramente perceptibles ya en los Estados Unidos en los años previos a la guerra de 1898, que como en tantas otras cosas resultó en esto pionera. Sin embargo, la mayor parte de los análisis referidos a estas cuestiones se han limitado a constatar la extraordinaria influencia que la prensa amarilla, en manos de personajes como Pulitzer y Hearst, llegó a alcanzar en las decisiones adoptadas por la Casa Blanca, cuando ésta es sólo una vertiente del asunto. En efecto, estas publicaciones, como luego el conocido *Reader's Digest*, constituyeron un nivel, el más elemental y rudimentario, en la transmisión de las ideas básicas del imperialismo republicano. En una escala superior se situaron los debates de las capas ilustradas, articuladas en torno a periódicos como *The New York Times* o *The Washington Post*, cuya línea editorial buscó la interlocución con la sociedad civil, introduciendo elementos críticos y moderando los abusos perceptibles en el nivel inferior. Por encima todavía se situó el nivel de lo que hemos denominado "planificación estratégica", que implicó a los círculos del gobierno, a los equipos directivos de los sectores económicos y a la cúpula militar (Mahan). Por sorprendente que parezca, este diseño anticipó los modos que han caracterizado las grandes guerras del siglo XX y fue ejecutado con tal eficacia que los propios informadores españoles creyeron percibir tres discursos distintos, no siempre coincidentes, cuando en realidad se estaba proyectando un único discurso con tres niveles de articulación.

iii) *Un espacio económico autosuficiente.*

Ya hemos mencionado en otro lugar que España afrontó la guerra con los Estados Unidos sin un proyecto estratégico y sin una alternativa viable para las colonias. Contrastaba esta posición con la que es posible reconocer en los Estados Unidos, cuyos objetivos militares estaban supeditados a intereses geopolíticos tendentes a conseguir y consolidar el control sobre una serie de materias primas y mercados que habían de garantizar el bienestar interior y la estabilidad política de la Unión. La guerra respondía, así, a una planificación previa que, por una parte, había determinado las materias primas y los mercados necesarios para conseguir la autosuficiencia económica del Imperio y, por otra, había programado las condiciones políticas y militares que iban a permitir la

realización de este fin. Como en las posteriores contiendas mundiales, en 1898 los Estados Unidos establecieron previamente las metas de su intervención en la guerra, que por entonces ya apuntaban hacia la proyección más allá del continente americano. Y es que la incorporación del Imperio británico y del Océano Pacífico al "espacio vital" de los Estados Unidos constituía una auténtica exigencia del poderoso impulso económico promovido por la segunda revolución industrial. No cabe duda, además, de que la élite estadounidense captaba la extraordinaria transcendencia de la coyuntura del fin de siglo en orden a establecer quién y en qué condiciones iba a asumir el liderazgo en la construcción de un nuevo orden mundial. El enfrentamiento franco-británico en Fachoda, las guerras chino-japonesa y ruso-japonesa en Asia Oriental, el viraje de Alemania hacia la *Weltpolitik* (política mundial) y el hundimiento de los viejos Imperios coloniales aportaban datos más que evidentes.

iv) *Una beligerancia siempre "defensiva" y "legítima"*.

Un cuarto vector de la estrategia que conduce a la Gran Área parte del hecho real de que las élites de poder de los Estados Unidos han tenido siempre una gran desventaja respecto a sus rivales, ya que, a diferencia de los imperialismos coloniales o totalitarios, han actuado siempre en un marco democrático y representativo. Esto explica que, tanto en 1898 como posteriormente en 1917 y en 1941, los gobernantes norteamericanos se vieran obligados a provocar importantes cambios en la opinión pública, haciendo uso de los distintos niveles de transmisión ideológica antes señalados. La incorporación tardía a los dos grandes guerras se explicaría así, no sólo por razones económicas o militares, sino también por causas políticas, ya que los gobernantes debían antes persuadir a la ciudadanía de la conveniencia, y también de la legitimidad, de la intervención. En este sentido, resultó siempre un revulsivo muy eficaz la táctica tendente a magnificar cualquier acción susceptible de ser interpretada como ofensiva por parte del rival, como sucedió en 1898, o a provocar un ataque externo con o sin previa declaración de guerra, lo que aconteció en 1917 con Alemania y en 1941 con Japón. El objetivo es siempre el mismo: hacer recaer la responsabilidad sobre el enemigo y justificar la entrada en la guerra como un acto de defensa frente a una agresión no provocada. Por supuesto, para ello era necesario lo que más tarde Franklin D. Roosevelt denominó *short of war-policy* ("política de casi-guerra"), es decir, una política tendente a catalizar la agresión exterior. El ataque japonés a Pearl Harbour, por sólo citar un ejemplo, fue la consecuencia inevitable y deseada de esta política³³; una política que, ciertamente, se había venido aplicando desde mediados del XIX y que tuvo su máximo exponente en la oportuna visita del *Maine* a La Habana, justamente en el momento de mayor tensión prebélica³⁴.

En definitiva, aceptado que la guerra de 1898 responde a las motivaciones imperiales de los Estados Unidos, es posible concluir que ya en este conflicto se aplican los grandes vectores de la proyección exterior norteamericana durante todo el siglo XX, una estrategia que conocemos como Gran Área, y que fue aplicada en las dos guerras mundiales, durante la Guerra Fría y en los momentos iniciales del periodo que se inicia en 1989. A poco que uno se esfuerce encontrará ejemplos muy próximos de cómo la proyección exterior de los Estados Unidos continúa rigiéndose por los vectores que aquí se han señalado: la defensa de los derechos de un pueblo agredido, el uso abusivo de los medios de comunicación, la preservación de los recursos que aseguran la autosuficiencia económica, la responsabilidad del invasor y el carácter defensivo y legítimo de la intervención norteamericana.

³³ Los Estados Unidos, de acuerdo con Gran Bretaña y Holanda, habían contestado la intervención japonesa en Indochina con un embargo comercial total, que puso al Japón al borde del colapso por falta de materias primas. En tales circunstancias, pretendieron forzar el compromiso japonés para asegurar el respeto al régimen nacionalista chino de Chiang-kai-Chek, algo completamente inaceptable para Japón. La respuesta fue la guerra y, realmente, fue la respuesta que se esperaba, Cfr. DULLES, J. F. (1950), *War or Peace*. New York, p. 225.

³⁴ Sobre el hundimiento del *Maine* pueden verse, COMPANYYS MONCLÚS, J. (1989), *De la explosión del Maine a la ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España (1898)*. Lleida; REMESAL, A. (1998), *El enigma del Maine: 1898, el suceso que provocó la guerra de Cuba, ¿accidente o sabotaje?*. Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA

- (1897), *El Español al ejército*. Manila, El Español. Número extraordinario de El Español (Manila).
- (1898), *Our war with Spain : the army and navy, Cuba, Puerto Rico, Hawaii and the Philippines: reproductions of photographs with graphic descriptive text*. Chicago, Belford Middlebrooh.
- (1898), *Conditions of Affairs in Cuba*. Washington.
- (1898), *Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1898 por el Ministro de Estado. Negociaciones generales con los Estados Unidos. Desde el 10 de abril de 1896 hasta la guerra*. Madrid.
- (1898), *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*. Washington.
- (1899) *The American–Spanish War. A history by the war Leaders–Nordwich (Conn.)*.
- (1943–1945), *Correspondencia diplomática de la delegación cubana en Nueva York durante la guerra de la Independencia de 1895 a 1898*. La Habana, 5 tomos.
- (1972), *La batalla de Cavite (1898): Textos basados en manuscritos y crónicas de la época existentes en el Archivo Histórico y Biblioteca Nacional de Paris*. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia.
- (1995), *En torno al 98: Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 1880–1910*. Madrid. Cuadernos Rayuela. Bibliografías sobre América Latina, núm. 6. Base de datos del Centro de Información y Documentación del CSIC, con obras publicadas a partir de 1975.
- ACOSTA MATOS, ELIADES (1998), *1898–1998, cien respuestas para un siglo de dudas*. Barcelona, Libros Puvill.
- ALGER, R. (1901), *The Spanish–american–war*. New York, Harper and Brothers. Hay una ed. más reciente: Freeport (N.Y.), Books for Libraries Press, 1971.
- ALLENDESALAZAR, JOSÉ MANUEL (1997), *El 98 de los americanos*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2ª ed. (la 1ª ed. fue: Madrid, Edicusa, 1974).
- ALONSO, J. R. (1974), *Historia política del Ejército español*. Editora Nacional. Madrid.
- ALVAREZ ARENAS, E. (1969), *El español ante el mar*. Madrid.
- ARAQUISTÁIN, LUIS (1928), *La agonía antillana: El Imperialismo yanqui en el mar Caribe. (Impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*. Madrid, Espasa–Calpe.
- ARDERIUS, F. (1903), *La Escuadra española en Santiago de Cuba. Diario de un testigo*. Barcelona, Editorial Maucci, 1903.
- ARDERIUS, FRANCISCO (1914), *De mis recuerdos: Narraciones históricas*. Madrid, Francisco Beltrán.
- ATKINS, EDWIN F. (1926), *Sixty Years in Cuba*. Cambridge (Mass.).
- AZCÁRATE, PABLO DE (1968), *La guerra del 98*. Madrid, Alianza Editorial.
- BARBOSA DE ROSARIO, PILAR, comp. (1981), *Historia del pacto sagastino a través de un epistolario inédito (el pacto produce desconcierto, 1897–1898)*. Puerto Rico, Edit. Universitaria.
- BARÓN FERNÁNDEZ, JOSÉ (1993), *La guerra hispano–norteamericana de 1898*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro.
- BASTARRECHE, F. (1898), "La Escuadra del almirante Cervera". *Revista General de Marina*. XLIII, págs. 292–302, agosto.
- BECKER, J. (1924), *Historia de las relaciones exteriores. de España durante el siglo XIX*. Madrid.
- BEISNER, ROBERT L. (1985), *Twelve against empire: the anti–imperialists, 1898–1900*. Chicago, University of Chicago Press.
- BENITEZ, T. (1898), *El manuscrito de un combate: El 3 de julio desde Vizcaya*. El Ferrol. Imprenta de El Correo Gallego.
- BERMEJO, J. (1875–1877), *Historia de la interinidad y la guerra civil de España desde 1868*. Madrid.
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE (1978), *Artículos contra la guerra de Cuba*. Valencia, León Roca.
- BLOUET, BRIAN W. (c1987), *Halford Mackinder: a biography*. College Station, Texas A&M University Press.
- BLOUET, BRIAN W. (1975), *Sir Halford Mackinder, 1861–1947: some new perspectives*. Oxford, School of Geography, University of Oxford.
- BORDEJE Y MORENCOS, F. (1978), *Vicisitudes de una política naval*. Madrid. Editorial San Martín.
- BORDEJE Y MORENCOS, F. (1995), *Crónica de la Marina española en el siglo XIX (II)*. Madrid.
- BRIDE, F. (1899), *La Guerre hispano–americaine*. París.
- CALVO POYATO, JOSÉ (1997), *El desastre del 98*. Barcelona, Plaza & Janés.
- CAMBA, F. (1954), *Fernando Villaamil*. Madrid, Editora Nacional.
- CASTAÑEDA, TIBURCIO P. (1925), *La explosión del Maine y la guerra de los Estados Unidos con España*. La Habana, Imprenta La Moderna Poesía.

- CASTELLANOS ESCUDIER, ALICIA (1998), *Filipinas: de la insurrección a la intervención de EE.UU. : 1896–1898*. Madrid, Sílex.
- CASTILLO RAMÍREZ, YANELET et al. (1998), *La crisis del 98*. [Madrid], Centro de Información y Documentación Científica.
- CAYUELA FERNÁNDEZ, J. G., coord. (1998), *Un siglo de España: Centenario 1898–1998*. Cuenca.
- CEBRIAN Y SAURA, J. (1917) *Páginas gloriosas de la marina de guerra española*. Madrid. Imprenta de M. Alvarez.
- CENTENO, J. (1923), *El Almirante Cervera. Narración detallada del Combate Naval de Santiago*. Barcelona, Librería Salesiana.
- CEREZO, R. (1983), *Armada Española (I)*, Madrid.
- CERVERA PERY, J. (1972), *Pascual Cervera: vida y aventura de un marino español*. Madrid, Editorial Prensa Española.
- CERVERA PERY, J. (1979), *Marina y política en la España del XIX*. Madrid, Editorial San Martín.
- CERVERA PERY, JOSÉ (1998), *La Guerra Naval del 98. A mal planteamiento, peores consecuencias*. Madrid, Editorial San Martín.
- CERVERA VALDERRAMA, J. (1900), *La flota necesaria*. Madrid.
- CERVERA Y JACOME, J. (1926), *El panteón de marinos ilustres*. Madrid, Imprenta del Ministerio de Marina.
- CERVERA, PASCUAL, comp. (1986) *Colección de documentos referentes a la escuadra de operaciones de las Antillas*. Madrid, Naval, 5ª ed. (La 4ª ed. es de 1904, se titulaba *Guerra Hispano–Americana?* y fue publicada por la Imprenta del Diario de Marina).
- CHADWICK, FRENCH ENSOR (1968), *The relations of the United States and Spain: The Spanish–American War*. New York, Russell & Russell. La 1ª ed. fue: New York, Charles Scribner's Sons, 1911, 2 vols.
- CHIDSEY, DONALD BARR (1973), *La guerra hispano–americana 1896–1898*. Barcelona, Grijalbo.
- COBLENZ, EDMOND D. (1952), *William Randolph Hearst. A Portrait in His Own Words*. New York.
- COHEN, S. B. (1980), *Geografía y política en un mundo dividido*. Madrid, Ejército.
- COLOMB, P. H. (1899), "Las desventuras de Cervera". *Revista General de Marina*, XLIV, págs. 381–390, marzo.
- COMPANYS MONCLÚS, JULIÁN (1989), *De la explosión del Maine a la ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España (1898)*. Lleida, Quaderns del Departament de Geografia i Història del Estudi General de Lleida nº 4.
- CONCAS Y PALAU, VÍCTOR (1898), "Cuestión Artillería". *Revista General de Marina*. XLIII, págs. 810–816. Diciembre.
- CONCAS Y PALAU, VÍCTOR (1900), *Sobre las enseñanzas de la guerra hispano–americana*. Bilbao, Ezequiel Rodríguez Ed.
- CONCAS Y PALAU, VÍCTOR (1992), *La Escuadra del almirante Cervera*. Málaga, Algazara, 3ª ed. Prólogo de José Cervera Pery. La 2ª ed. fue: Madrid, Librería de San Martín Editor, 1901.
- COONES, PAUL (1987), *Mackinder's "Scope and methods of geography" afer a hundred years*. Oxford, School of Geography, University of Oxford, 1987.
- CORZO, I. (1901), *Cervera y su escuadra*. La Habana. Tipografía La Unión.
- CUERVO ÁLVAREZ, BENEDICTO, coord. (1998), *El desastre de Cuba y la Generación del 98*. Oviedo, Colegio Santo Domingo.
- DAVIS, RICHARD HARDING (1904), *The Cuban and Porto Rican campaigns*. New York, Charles Scribner's Sons.
- DYAL, DONALD H. (1996), *Historical dictionary of the Spanish American War*. Westport (Conn.), Greenwood Press.
- EL PAÍS (1997), *Memoria del 98*. Madrid, El País, 24 fascículos.
- ELORZA, ANTONIO; HERNÁNDEZ SANDOICA, ELENA (1998), *La guerra de Cuba (1895–1898): historia política de una derrota colonial*. Madrid, Alianza Editorial.
- ERDELA (1906), *El caso de Santiago de Cuba*. Barcelona, Imprenta de Ramón Pujol.
- ESLAVA GALÁN, JUAN (1997), *La España del 98 : el fin de una era*. Madrid, Edaf.
- ESTRADA ARNAIZ, RAFAEL (1929), *Epistolario interesante*. Madrid, Imprenta del Ministerio de Marina.
- EVERETT, MARSHALL, ed. (1900), *Exciting experiences in our wars with Spain and the Filipinos*, Chicago, The Educational Co.
- FABIÉ, ANTONIO MARÍA (1928), *Cánovas del Castillo*. Barcelona.
- FEATHERSTONE, DONALD (1995), *Omdurman 1898: la victoria de Kitchener en el Sudán*. Madrid, Ediciones del Prado.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1946), *Política naval de la España moderna y contemporánea*, Madrid, Institutos de Estudios Políticos.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1948), *En torno al 98. Política y literatura*. Madrid, Ed, Jordán.

- FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR (1951), *Cánovas, su vida y su política*. Madrid.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, MELCHOR (1968), *Historia política de la España contemporánea*, tomo II: (1868–1902). Madrid, Alianza Editorial, 3 tomos.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A., coord. (1997), *Historia de España Menéndez Pidal, XXXIII: Fundamentos de la España liberal (1834–1900). La sociedad, la economía y las formas de vida*. Madrid.
- FERNÁNDEZ-RÚA, JOSÉ LUIS (1954), *España, 1898*. Madrid, Publicaciones Españolas.
- FERRARA, ORESTES (1933), *Tentativas de intervención europea en América: 1896–1898*. La Habana, Hermes.
- FEUER, A. B. (1995), *The Spanish–American War at sea: naval action in the Atlantic*. Westport (Conn.), Praeger.
- FIGUERO, JAVIER (1997), *La España del desastre*. Barcelona, Plaza & Janés.
- FIGUEROA MERCADO, LOIDA (1978), *History of Puerto Rico: from the beginning to the 1892*. New York, Publishing Company Inc., 3ª ed.
- FLACK, H. E. (1906), *Spanish–American diplomatic relations preceding the war of 1898*. Baltimore.
- FONER, PHILIP S. (1975), *La guerra hispano–cubana–americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, tomo I: 1895–1902. Madrid, Akal, 2 tomos.
- FUSI, J.P.; NIÑO, A., eds (1996), *Antes del "desastre": orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid. (Recoge las comunicaciones presentadas en el Congreso Internacional Antes del "Desastre": orígenes y antecedentes de la crisis del 98, celebrado en Madrid el 23, 24 y 25 de noviembre de 1995)
- FUSI, JUAN PABLO; NIÑO, A., eds. (1997) *Vísperas del 98: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, Biblioteca Nueva..
- GAGE, LYMAN JUDSON (1937), *Memoirs of Lyman Judson Gage*. New York.
- GALINDO HERRERO, SANTIAGO (1952), *El 98 de los que fueron a la guerra*. Madrid, Editora Nacional.
- GARCÍA ACUÑA, JOSÉ (1911), *Impresiones y antecedentes de la guerra hispano yanqui: Septiembre de 1907*. Madrid, s.e.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, F. (1995), *España 1900. De 1898 a 1923*. Madrid.
- GAVALDA Y CABRE, J. M. (1926), *Reparación y ejemplaridad: Cervera*, Barcelona, Editorial López Robert.
- GOLAY, MICHAEL (1995), *The Spanish–American war*. New York, Facts on File.
- GÓMEZ NÚÑEZ, S. (1901), *La guerra hispano–americana*. 4.º vol. Santiago de Cuba. Madrid. Imprenta del Cuerpo de Artillería.
- GONZÁLEZ VALES, L. E. (1997), *1998: Enfoques y perspectivas. Actas del Coloquio Internacional 'En torno al 98. Cuba, España, Estados Unidos, Filipinas y Puerto Rico (San Juan, 1996)*. San Juan de Puerto Rico.
- GOODE, W. A. M. (1899), *With Sampson through the war : being an account of the naval operation of the North Atlantic Squadron during the Spanish American War of 1898*. New York, Doubleday & McClure Co.
- GOTTSCHALL, TERRELL DEAN (1988), *Germany and the Spanish–American War: a case study of navalism and imperialism, 1898*. Ann Arbor (Mich.), U.M.I., Dissertation Information Service.
- GRAHAM, GEORGE EDWARD (1902), *Schley and Santiago: an historical account of the blockade and final destruction of the Spanish fleet under command of Admiral Pasquale Cervera, July 3, 1898*. Chicago, W.B. Conkey Company.
- GREEN, NATHAN C., ed. (1898), *The war with Spain and story of Spain and Cuba*. Baltimore : International News and Book Co.
- GRENVILLE, JOHN A. S; YOUNG, GEORGE BERKELEY (1966), *Politics, Strategy and American Democracy*. New Haven–London.
- GUERRA, RAMIRO (1975), *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. La Habana.
- GUERRERO, R.: *Crónica de la Guerra de Cuba y la rebelión de Filipinas (1885–1897)*. Barcelona. Imprenta de Artillería.
- HARD, CURTIS V. (1988), *Banners in the air: the Eighth Ohio Volunteers and the Spanish–American war*. Kent, Ohio, The Kent State University Press.
- HAULEN, MILAN (1990), *What is Asia to us?: Russia's Asian heartland yesterday and today*. Boston (Mass.), Unwin Hyman.
- HEMMENT, JOHN C. (1898), *Cannon and camera: Sea and land battles of the Spanish–American war in Cuba, camp life, and the return of the soldiers*. New York, D. Appleton & Co.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. et al. (1998), *La crisis del 98*. Madrid. Colección: Bibliografías de Historia de España, núm. 8. Relación de 2.094 referencias documentales y bibliográficas sobre el conflicto, desde el Grito de Baire hasta el Tratado de París, las consecuencias y la política de EE.UU.
- HOBSON, J. A. (1901), *The Psychology of Jingoism*. London.
- IBÁÑEZ DE IBERO, C. (1939), *Historia de la marina de guerra española*. Madrid, Editorial Espasa Calpe.

- ISERN Y MARCO, DAMIAN (1899), *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid, Imp. de la Viuda de Minuesa de los Rios.
- JARDÍ, ENRIC (1998), *El desastre colonial i Catalunya*. Barcelona, Pòrtic.
- JOVER ZAMORA, J.M. (1979), *Teoría y práctica de la redistribución colonial*. Madrid, Fundación Universitaria Española.
- JOVER ZAMORA, J. M.; GÓMEZ-FERRER, G. (1998), *Historia ilustrada de España, 8: De la Restauración al 98, 1875–1902*. Barcelona.
- JUSTINIANO Y MARTÍNEZ, M. (1963), "Sicografía del almirante D. Pascual Cervera y Topete". Separata de *Archivo Hispalense*. 2ª época, n.º 117. Sevilla, Imprenta Provincial.
- KUNZ, MAYOR (1909), *La guerra hispano-americanana*. Barcelona, Imprents Vda. D. Casanova. Traducido del alemán por Manuel Martínez.
- LA FEBER, WALTER (1971), *The New Empire. An Interpretation of American Expansion (1860–1898)*. Ithaca–London.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO; SECO SERRANO, CARLOS, eds. (1998), *España en 1898: las claves del desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- LEE, FITZHUGH (1899), *Cuba's struggle against Spain: with the causes for American intervention and a full account of the Spanish–American War, including final peace negociations*. New York, American Historical Press. El autor vivió entre 1835 y 1905.
- LEECH, MARGARET (1959), *In the Days of McKinley*. New York.
- LEGUINECHE, MANUEL (1998), *Yo te diré— : la verdadera historia de los últimos de Filipinas (1898–1998)*. Madrid, El País–Aguilar.
- LODGE, HENRY CABOT (1899), *The war with Spain*. London, Harper & Brothers Publishers.
- LONG, JOHN DAVIS (1923), 'America od Yesterday' As Reflected in the Journal of John Davis Long, edited by Lawrence Shaw Mayo. Boston.
- LORENTE (1898), *Bloqueo y sitio de Santiago de Cuba*. Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros.
- LOWE, JAMES TRAPIER (c1981), *Geopolitics and war: Mackinder's philosophy of power*. Washington, D.C., University Press of America.
- MACKINDER, HALFORD JOHN (1901), *Britain and the British seas*. New York, D. Appleton & Co.
- MACKINDER, HALFORD JOHN (1981), *Democracy ideals and reality*. Wesport (Conn.), Greenwood Press.
- MACKINDER, HALFORD JOHN (c1991), *The first acent of Mount Kenya*. Athens (Ohio), Ohio University Press.
- MACKINDER, HALFORD JOHN (1969), *The scope and methods of geography; and The geographical pivot of History*. London, Royal Geography Society.
- MADARIAGA, A. DE (1918), *Honra sin barcos. Memorias de un Alférez de navío*. Santander, talleres tipográficos J. Martínez.
- MAHAN, ALFRED T. (1899), *La guerra naval y sus enseñanzas*. Madrid, Imprenta del Depósito Hidrográfico.
- MAHAN, ALFRED T. (1899), *Leassons of the war with Spain and other articles*. London, Sampson Low, Marston & Co..
- MARIMON I RIUTORT, ANTONI (1998), *La crisis de 1898*. Barcelona, Ariel.
- MARQUÉS DE LEMA (1930), *Mis recuerdos (1880–1901)*. Madrid.
- MARQUÉS DE LEMA (1931), *Cánovas o el hombre de Estado*. Madrid.
- MARRIN, ALBERT (1991), *The Spanish–American War*. New York, Atheneum.
- MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE (1973), *Cronología crítica de la guerra hispano cubanoamericana*. La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL (1919–1925), *Historia crítica del reinado de Alfonso XIII durante su menoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria*. Barcelona, Editorial Montaner y Simón, 2 tomos.
- MAY, ERNEST R. (1961), *Imperial Democracy. The Emergence of America as a Great Power*. New York.
- MENA MÁGICA, M.; HERNÁNDEZ VICENTE, S. (1994), *Fuentes documentales de la administración española en el Archivo Nacional de Cuba. La administración autonómica española de Cuna en 1898*. Salamanca.
- MÉNDEZ, R.; MOLINERO, F. (1984), *Geografía y Estado: introducción a la geografía política*. Madrid, Cincel.
- MESA, R. (1970), *El colonialismo en la crisis del siglo XIX español*. Madrid.
- MILLIS, WALTER (1931), *The Martial Spirit*. Cambridge (Mass.), The Riverside Press.
- Montejo, S. (1899), "La Escuadra como entidad militar". *Revista General de Marina*. XLIV, págs. 739–749. Septiembre.
- MORAL RUIZ, CARMEN DEL (1998), *El 98*. Madrid, Acento.
- MORENO FRAGINALS, M. (1995), *Cuba/España. España/Cuba. Historia común*. Presentación de J. Fontana. Barcelona.
- MORGAN, H. WAYNE (1963), *William McKinley and His America*. New York.

- MUIR, R. (1982), *Geopolítica moderna*. Madrid, Ejército.
- MULLER Y TEJEIRO, J. (1899), *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*, Madrid, Imprenta de Felipe Marqués.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO; PUIG-SAMPER, MIGUEL ANGEL; GARCÍA MORA, LUIS MIGUEL, eds. (1996), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98: actas del congreso internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995*. Aranjuez, Doce Calles.
- NÚÑEZ FLORENCIO, RAFAEL (1997), *El ejército español en el desastre de 1898*. Madrid, Arco.
- O'TOOLE, G. J. A. (1984), *The Spanish War: an American epic, 1898*. New York, W.W. Norton.
- PABÓN, JESÚS (1963), "El 98, acontecimiento internacional", en *Días de Ayer*. Barcelona, Alpha..
- PAN-MONTOJO, JUAN, coord. (1998), *Más se perdió en Cuba : España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza Editorial.
- PARKER, WILLIAM HENRY (1982), *Mackinder – geography as an aid to statecraft*. Oxford, Clarendon Press.
- PELLICENA Y LÓPEZ, JOAQUÍN (1900), *La verdad sobre Filipinas: folleto de actualidad*. Manila, Tip. Amigos del País.
- PÉREZ DE VARGAS, L. (1898), *La opinión y la Marina. Combate de Santiago*, El Ferrol, Imprenta de El Correo Gallego.
- PÉREZ DELGADO, R. (1976), *1898: El año del desastre*. Madrid, Editorial Tebas.
- PÉREZ-CISNEROS, ENRIQUE (1997), *En torno al "98" cubano*. Madrid, Verbum.
- PÉREZ-LLORCA, JAIME, (1998), *1898: La estrategia del desastre*. Madrid, Sílex.
- PI Y MARGALL Y PI ARSUAGA (1902), *Historia de España en el siglo XIX*. 7 vols. Barcelona, Miguel Seguí. Editor.
- PINO-SANTOS, OSCAR (1973), *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*. La Habana.
- PIRALA, A.: *España y la Regencia 1885–1902*. Madrid.
- PLAZA, JOSÉ ANTONIO (1997), *Al infierno con España*. Madrid, Edaf.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. (1939), *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España*, 3 tomos. La Habana.
- PRATT, JULIUS W. (1964), *Expansionists of 1898, the Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. Chicago.
- RAMOS, DEMETRIO; DIEGO, EMILIO DE, dirs. (1997), *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*. Madrid, Editorial Complutense. Colección Cursos de verano de El Escorial.
- REMESAL, AGUSTÍN (1998), *El enigma del Maine: 1898, el suceso que provocó la guerra de Cuba, ¿accidente o sabotaje?*. Barcelona, Plaza & Janés.
- RISCO, A. (1920), *Apuntes biográficos del Excmo. Sr. D, Pascual Cervera y Topete*. Toledo, Sebastián Rodríguez, Impresor.
- RISCO, A. (1920), *La Escuadra del Almirante Cervera. Narración documental del combate naval de Santiago de Cuba*. Madrid, Jiménez y Molina Impresores.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN RAMÓN (1997), *El desastre naval de 1898*. Madrid, Arco.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN RAMÓN (1998), *La guerra del 98: las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, Aguilar.
- RODRÍGUEZ, F. (1905),: *El año de la derrota. Memorias de un gacetillero*. Madrid.
- RUBIO, I. (1945), *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII*. Madrid.
- SAAVEDRA Y MAGDALENA, C. (1898), *Algunas observaciones sobre los desastres de la marina española en la guerra con los Estados Unidos en el año 1898*. El Ferrol, Imprenta de El Correo Gallego.
- SALAS, J.: *Acciones navales (1855– 1900)*. Imprenta Alemana. Madrid.
- SANGUIN, A. L. (1981), *Geografía política*. Vilasar de Mar, Oikos-tau.
- SECO SERRANO, C. (1986), *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. Madrid.
- SERRANO MONTEAVARO, M. A. (1988), *Fernando Villaamil*. Madrid.
- SERRANO, CARLOS (1984), *Final del imperio: España, 1895–1898*. Madrid, Siglo Veintiuno de España. Colección: Estudios de Historia Contemporánea Siglo XXI.
- SMITH, JOSEPH (1994), *The Spanish–American War : conflict in the Caribbean and the Pacific, 1895–1902*. London, Longman.
- SOLDEVILLA: *El año político*, Madrid, 1895 a 1898.
- SPEARS, JOHN R. (1898), *Our navy in the war with Spain*. New York, Charles Scribner's Sons.
- STICKNEY, JOSEPH L. (1899) *The life of admiral George Dewey and the conquest of the Philippines*. Philadelphia, P.W. Ziegler & co.
- SWANBERG, W. A. (1971), *Citizen Hearst. A Biography of William Randolph Hearst*. New York.
- TAVARES, P. (1902), *De Cavite a Santiago*, Génova.
- THAYER, WILLIAM ROSCOE (1919), *Theodore Roosevelt. An Intimate Biography*. Cambridge (Mass.).

- THOMAS, HUGH (1973), *Cuba. La lucha por la libertad (1762–1970)*. Barcelona–México D.F., 3 tomos.
- TORRE DEL RÍO, ROSARIO DE LA (1985), *La neutralidad británica en la guerra hispano–norteamericana de 1898*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense. Tesis Doctoral.
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL; ANDRÉS GALLEGO, JOSÉ; ABELLÁN, JOSÉ LUIS (1985), *El desastre del 98*. Madrid, Cambio 16.
- VARELA ORTEGA, J. (1977), *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875–1900)*. Madrid, Editorial Alianza.
- VEGA, A. DE LA (1998), *Aspectos navales del 98*. Madrid.
- VIDAL MUNÁRRIZ, J. (1910), *Ultimas glorias de la Marina española*. Toledo. Imprenta y librería militar de viuda e hijos de J. Peláez.
- WHEELER, JOSEPH (1970) *The Santiago campaign, 1898*. Freeport (N.Y), Books for Libraries Press. Vivió entre 1836 y 1906.
- WHITE, TRUMBULL (1898), *Pictorial history of our war with Spain for Cuba's freedom : including a description and history of Cuba, Spain, Philippine Islands, our army and navy, fighting strenght, coast defenses, and our relations with other nations, etc., etc.* Chicago, Freedom Publishing Co.
- WILKERSON, MARCUS M. (1967), *Public Opinion and the Spanish American War. A Study in War Propaganda*. New York.
- WILLIAMS, HENRY L. (1899), *Taking Manila or In the Philippines with Dewey : giving the life and exploits of admiral George Dewey*. New York, Hurst & Company.
- WISAN, JOSEPH E., (1977), *The Cuban Crisis as reflected in the New York press (1895–1898)*. New York, Octagon Books.
- WRIGHT, MARCUS J. (1900), *Wright's Official history of the Spanish–American War : a pictorial and descriptive record of the Cuban Rebellion, the causes that involved the United States, and a complete narrative of our conflict with Spain on land and sea: supplemented with fullest information respecting Cuba, Porto Rico, the Philippines and Hawaii, their commerce, climate, productions, history and people*. Washington, s.e.
- YOUNG, LOUIS STANLEY (1899), *Life and heroic deeds of admiral Dewey including battles in the Philippines*. Philadelphia (PA), Shepp Publishing.
- ZIEL, RON (1997), *Birth of the American century: centennial history of the Spanish–American War*. Mattituck (N.Y.), Amereon House.
- ZIMMERMANN, G. A. (1900), *Unser Krieg mit Spanien : nach den besten Quellen dargestellt*. Milwaukee (Wis.), Geo. Brumder.